

Cómo transportar el corzo abatido



Gerardo Pajares Bernaldo de Quirós
Licenciado en Veterinaria
Presidente de la Asociación de Corzo Español



Muy a menudo, más de lo que a uno le gustaría, veo en las revistas, e incluso cuando en la acción de caza he acompañado a algún amigo, cómo después de abatir al corzo este es arrastrado, bien cogido de la cuerna o de alguna pata, hasta alcanzar una pista o un lugar al que acceda un vehículo que nos descargue de la tarea de llevar el animal.

Aparte de que me parezca indecoroso arrastrar de esta manera el cadáver de nuestra presa, he de indicar que es innecesario e inconveniente. Innecesario porque el liviano peso de un corzo no debe ser obstáculo para que cualquiera pueda acarrearlo del modo adecuado durante algunos cientos de metros. Al arrastrarlo tengo para mí que envilecemos el lance no otorgando a nuestro corzo unas mínimas atenciones póstumas. E inconveniente ya que la carne del corzo es excelente con tal de que sea bien tratada. Magullarlo, pelarlo o contaminarlo con tierra, barro o broza no es la mejor manera de conseguir una carne óptima para su consumo.



CÓMO EMPEZAR

Lo primero que debe hacerse una vez cazado el corzo, y una vez examinado el trofeo y otros pormenores, es eviscerarlo. Esto debe hacerse con rapidez, siendo crítico si además hemos hecho un tiro sucio.

Si el tiro fue limpio, esto es si no afectó a las vísceras de la cavidad abdominal, el aprovechamiento de la canal será máximo y con ello el peso del animal para su traslado oscilará entre los 22 y los 24 kg. Si el tiro fue sucio, afectando a la panza, hígado o intestinos, el aprovechamiento de la carne será menor, siendo preciso emplear una técnica distinta. Ahora tan sólo reseñar que para transportar el corzo éste deberá estar siempre limpio, si lo vamos a hacer a una gran distancia, ya que nos resultará más cómodo a la par que ligero.

FORMAS DE TRANSPORTARLO

Si cazamos en solitario lo adecuado sería contar con una mochila con capacidad suficiente para alojar el corzo completo. En el mercado existen distintos modelos que incluyen un forro de PVC o de otro material plástico para retener la sangre. Estas mochilas son sumamente prácticas y permiten acomodar en algunos casos hasta dos corzos en su interior, si bien con cargar con uno tendremos más que suficiente.

A la hora de introducir el corzo en la mochila, si estamos solos, podemos encontrar algún pequeño problema. Yo lo resuelvo llevando siempre un pequeño lazo de cuerda resis-



tente con la que amarro las cuatro patas del corzo, lo suspendo de alguna rama y luego envuelvo al corzo suspendido con la mochila, cierro la misma dejando la cabeza y las patas posteriores fuera, y luego descuelgo corzo con la mochila.

Estas mochilas acostumbran a tener una de las correas desenganchable, de forma que se facilite la carga. No obstante no es del todo necesario.

Si tenemos alguna dificultad para elevar desde el suelo la carga, ya que con ello podemos lesionarnos la espalda, podemos sentarnos en el suelo, colocarnos las correas sentados, rodar sobre nuestras manos hasta voltear la mochila quedando boca abajo para a continuación, ayudándonos de brazos y piernas, elevar el tronco y la carga.

Es conveniente que una vez llegados al vehículo se saque el corzo de la mochila para que se ventile y enfríe, de forma que se logre una buena rigidez cadavérica, se acidifique la carne y mejore su textura y conservación.

En el coche el corzo debería ir en un contenedor de plástico, fácilmente lavable, de uso alimentario. Se consiguen a precios muy económicos, son manejables, limpios y evitan que la sangre, el pelo o restos de tejidos y secreciones manchen el coche a la vez que impiden que la canal se contamine con materiales que pueda haber en el vehículo.

Si no tenemos mochila y si contamos con ayuda, la forma de transportarlo es la que se aprecia en la imagen. Se coge el corzo entre dos personas, una por las patas posteriores y el otro por las anteriores. Con el fin de que la cabeza no golpee en el suelo o nos lesione a nosotros se debe introducir la misma entre las patas anteriores, de forma que o bien la cuerna en los machos, o la simple anchura del cráneo, impida el retroceso de la misma. De este modo, en suspensión, puede transportarse el cuerpo del corzo sin que se deteriore la piel, la carne o el trofeo, resulta decoroso y cómodo.

Por supuesto que también se pueden amarrar las patas con una cuerda o correa y colgar el corzo del hombro, pero en distancias regulares o grandes acaba resultando incómodo, toda vez que los corzos suelen tener abundantes garrapatas que no dudan en mudarse de hospedador con premura.

Sirvan estas líneas para ilustrar que el corzo, una vez muerto, bien merece nuestro respeto y el realizar un trabajo adecuado.■

